

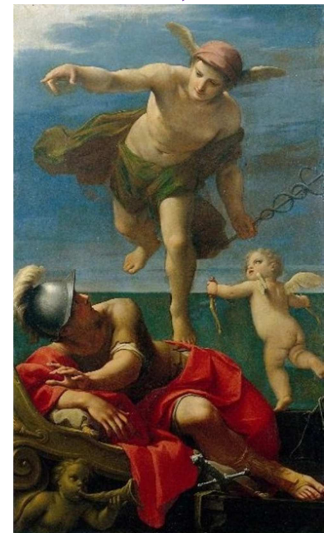
PUBLIO VIRGILIO MARÓN (70-19 a.C.)

Fragmentos de la *Eneida* (libro IV)

Al comienzo de la obra, una tormenta en el mar ha desviado de su ruta las naves de Eneas, que llegan a las costas de Cartago (la actual Túnez). En esa ciudad el caudillo troyano ciudad conoce a la reina Dido, a la que cuenta quiénes son él y sus compañeros, le narra la historia de la caída de Troya y le explica su viaje hacia Italia, donde por designio de los dioses deben fundar una nueva ciudad. Dido y Eneas se enamoran y viven un amor apasionado durante un tiempo, lo que hace que Eneas se ponga a ayudar a Dido en la construcción de Cartago pero se olvidan de que su viaje no ha terminado aún. Es entonces cuando Júpiter le envía al dios Mercurio, su mensajero, para recordarle que debe continuar su navegación.

Mercurio se aparece a Eneas para recordarle su destino (versos 259-278)

En cuanto tocó con sus aladas plantas las cabañas,
divisó a Eneas fundando fortalezas y construyendo
nuevas casas. Tenía la espada salpicada
de rubio jaspé y resplandecía con una capa de púrpura tiria
colgada de los hombros, presentes que la espléndida Dido
le hiciera y había bordado la tela con hilo de oro.
Y enseguida le aborda: «¿Tú te dedicas ahora a plantar los cimientos
de la alta Cartago y complaciente con tu esposa construyes
una hermosa ciudad? ¡Olvidas, ay, tu reino y tus propios deberes!
El propio rey de los dioses desde el Olimpo¹ luminoso
me envía, el que cielo y tierra gobierna con su numen²;
él mismo me ordena traerte estas órdenes por las rápidas auras³:
¿qué tramas o con qué esperanza gastas tu tiempo en las tierras libias⁴?
Si no consigues moverte la gloria de futuro tan grande,
mira cómo crece Ascanio⁵ y respeta las esperanzas de tu heredero
Julo, a quien se deben el reino de Italia y la tierra romana.»
Tras hablar de esta manera dejó el Cilenio⁶
su aspecto mortal sin aguardar respuesta
y desapareció de los ojos, lejos, hacia el aura tenue.



Dido encuentra a Eneas a punto de partir (versos 296-330)

Pero la reina (¿hay quien pueda engañar a un enamorado?)
presintió la trampa y adivinó el siguiente paso la primera,
temiendo porque todo andaba bien. La despiadada Fama⁷ contó
a la apasionada que se estaba preparando la flota y disponiendo su partida.
Enloquece privada de la razón y recorre encendida toda la ciudad
como una bacante⁸ excitada ante el comienzo de sus ritos,
cuando la estimulan al oír a Baco las orgías
trienales y la llama el nocturno Citerón⁹ con su clamor.
Increpa por último a Eneas con estas palabras.
«¿Es que creías, pérfido, poder ocultar

¹ *Olimpo*, monte de Grecia donde según la mitología moraban los dioses principales, a los que en ocasiones se llama «olímpicos».

² *Numen*, aplicado a los dioses, su poder y voluntad.

³ *Auras*, vientos suaves y apacibles.

⁴ *Tierras libias*: aunque Cartago se hallaba en lo que hoy es Túnez (país fronterizo con Libia), antiguamente se llamaba Libia a toda esa zona del norte de África.

⁵ *Ascanio*, también llamado Julo, era hijo de Eneas y heredero de la promesa hecha por los dioses. Los romanos creían que de su estirpe procedía la familia de Julio César (el nombre de Julio procede de Julo).

⁶ *Cilenio*, uno de los epítetos que se aplicaban a Mercurio (Hermes en la mitología griega).

⁷ En la mitología griega, *Feme* (en la romana *Fama*) era la personificación de los chismes y cotilleos. Su nombre procede del verbo griego Φημι, que significa 'hablar'.

⁸ *Bacante*, mujer que, junto con otras mujeres, participaba en los ritos sagrados y secretos en honor del dios Dionisos (Baco para los romanos). En estos ritos, que estaban prohibidos a los hombres bajo pena de muerte, las mujeres realizaban una serie de ceremonias salvajes, que incluían excesos sexuales y hasta sacrificios humanos.

⁹ *Citerón*, monte de Grecia donde las bacantes se reunían para sus cultos a Dionisos.

tan gran crimen y marcharte en silencio de mi tierra?
 ¿Ni nuestro amor ni la diestra que un día te entregué
 ni Dido que se ha de llevar horrible muerte te retienen?
 ¿Por qué, si no, preparas tu flota en invierno
 y te apresuras a navegar por alta mar entre los Aquilones¹⁰,
 cruel? ¿Es que si no tierras extrañas y hogares
 desconocidos buscases y en pie siguiera la antigua Troya,
 habrías de ir a Troya en tus naves por un mar tempestuoso?
 ¿Es de mí de quien huyes? Por estas lágrimas mías y por tu diestra
 (que no me he dejado, desgraciada de mí, otro recurso),
 por nuestra boda, por el emprendido himeneo¹¹,
 si algo bueno merecí de tu parte, o algo de la mía
 te resultó dulce, ten piedad de una casa que se derrumba,
 te lo ruego, y abandona esa idea, si hay aún lugar para las súplicas.
 Por tu culpa los pueblos de Libia y los reyes de los númeridas¹²
 me odian, en contra tengo a los tirios¹³; también por tu culpa
 perdí mi pudor y con lo que sola caminaba a las estrellas,
 mi fama primera. ¿A quién me abandonas moribunda, mi huésped
 (que sólo esto te queda de tu antiguo nombre de esposo)?
 ¿Qué puedo esperar? ¿Tal vez que arrase mis murallas
 mi hermano Pigmalión¹⁴ o que prisionera me lleve el getulo Yarbas¹⁵?
 Si al menos hubiera recibido de ti algún retoño
 antes de tu huida, si algún pequeño Eneas
 me jugase en el patio, que te llevase de algún modo en su rostro,
 no me vería entonces de esta manera atrapada y abandonada¹⁶.»

Eneas parte de Cartago (versos 331-361 y 393-415)

Dijo. Él no apartaba sus ojos de los mandatos
 de Júpiter y a duras penas ocultaba el dolor en su corazón.
 Responde por fin en pocas palabras: «Yo a ti de cuanto
 puedas decir, reina, nunca te negaré
 merecedora, ni me avergonzará acordarme de Elisa¹⁷
 mientras de mí mismo tenga memoria, mientras vida me quede.
 Poco añadiré en mi defensa. Ni yo traté de ocultar mi huida
 con una estratagema (no inventes), ni nunca del esposo
 te ofrecí las antorchas o me comprometí a pacto tal¹⁸.
 Yo, si mis hados me permitieran guiar mi vida

¹⁰ *Aquilones*, vientos del norte, fríos y tempestuosos, propios del invierno. Su nombre deriva de Aquilón, hijo de Eolo (dios del viento) que personifica este viento. La palabra «aquilones» aparece en la conocida «Canción del pirata» de Espronceda.

¹¹ *Himeneo*, como nombre común significa ‘matrimonio’. Himeneo era el nombre propio del dios del matrimonio y los casamientos, y se creía que si no se le invocaba durante las bodas la pareja sería desgraciada, por lo que su nombre se repetía continuamente en las ceremonias nupciales.

¹² Los *númeridas* eran unas tribus seminómadas bereberes que vivían en Numidia, en Argelia y en parte de Túnez y Marruecos.

¹³ *Tirios*, cartagineses (el nombre viene de Tiro, la ciudad fenicia de la que procedían). Todavía hoy, la expresión «*tirios* y *troyanos*» alude a los enemigos irreconciliables, a los de signo político opuesto.

¹⁴ *Pigmalión* fue un rey de Tiro (Fenicia, en el actual Líbano), hijo del rey Matán I y hermano de la reina Dido. Pigmalión codició los tesoros que Siqueo, sacerdote de Hércules, tuvo ocultos en el templo dedicado a este semidiós en Tiro. Obligó a su hermana Dido a casarse con Siqueo y le persuadió para que averiguara el paradero de dichos tesoros. Dido lo descubrió, pero mintió a su hermano Pigmalión diciéndole que se encontraban bajo el altar del templo, cuando en realidad estaban en el jardín. Pigmalión ordenó la muerte de Siqueo, el dueño de los tesoros y cuñado, y Dido, conociendo el plan de su hermano, desenterró los tesoros del jardín y huyó.

¹⁵ *Yarbas*, rey de Getulia y pretendiente de Dido, al que ésta rechazó para casarse con Eneas. Cuando Eneas abandonó a Dido, ésta temió que Yarbas, junto a otros reyes vecinos, la destruyeran a ella y a su ciudad.

¹⁶ En los cuatro últimos versos de esta parte, Dido lamenta no haber tenido un hijo de Eneas.

¹⁷ *Elisa*, nombre por el que con menor frecuencia se alude a la propia Dido.

¹⁸ En este verso Eneas elude responsabilidades: ha estado enamorado de Dido pero no reconoce como matrimonio su relación.

según mis deseos y buscar mis propias preocupaciones,
 habilitaría primero la ciudad de Troya y las dulces reliquias de los míos,
 en pie seguirían las altas moradas de Príamo y por mi mano
 habría levantado de nuevo Pérgamo¹⁹ para los vencidos.
 Pero he aquí que Apolo Grineo²⁰ a la grande Italia,
 a Italia las suertes licias me ordenaron marchar;
 ése es mi amor, ésa mi patria. Si a ti, fenicia, las murallas
 te retienen de Cartago y la vista de una ciudad líbica²¹,
 ¿por qué, di, te parece mal que los teucros²² se establezcan
 en tierra ausonia²³? También nosotros podemos buscar reinos lejanos.
 A mí la turbia imagen de mi padre Anquises²⁴, cada vez que la noche
 cubre la tierra con sus húmedas sombras, cada vez que se alzan
 los astros de fuego, en sueños me advierte y me asusta;
 y mi hijo Ascanio y el daño que hago a su preciosa vida,
 a quien dejo sin reino en Hesperia²⁵ y sin las tierras del hado²⁶.
 Ahora, además, el mensajero de los dioses mandado por el propio Jove²⁷
 (lo juro por tu cabeza y la mía) me trajo por las auras²⁸ veloces
 sus mandatos: yo mismo vi al dios bajo una clara luz
 entrar en estos muros y bebí su voz con sus propios oídos.
 Deja ya de encenderme a mí y a ti con tus quejas;
 que no por mi voluntad voy a Italia.» [...]

 Y el piadoso Eneas, aunque quiere con palabras de consuelo
 mitigar su dolor, entre grandes suspiros quebrado su ánimo
 por un amor tan grande, cumple sin embargo
 los mandatos de los dioses y revisa la flota.
 Se esfuerzan entonces los teucros y arrastran al mar por toda
 la costa las altas naves. Nada la quilla embreada,
 traen de los bosques hojosos remos y maderos
 toscos en su afán por huir.
 Se les ve de un lado para otro y bajar de toda la ciudad,
 como cuando avanzan las hormigas con su carga de farro²⁹
 pensando en el invierno y la ponen en su refugio;
 avanza por los campos el negro batallón y en angosto sendero
 arrastra su botín entre las hierbas; unas los granos mayores
 empujan con los hombros, otras cuidan la formación
 y azuzan a las retrasadas, hierve el camino entero con su trabajo.
 ¡Qué sentías entonces, Dido, al contemplar todo eso!
 ¡Qué gemidos no dabas al ver de lo alto de la muralla
 hervir el litoral entero y animarse
 ante tus ojos la llanura con tanto griterío!
 ¡Ímprobo Amor, a qué no obligas a los mortales pechos!
 De nuevo a recurrir a las lágrimas, a intentarlo de nuevo con ruegos
 y, suplicante, se ve obligada a domeñar sus ánimos ante el amor,
 que no ha de dejar nada sin intentarlo en vano la que va a morir.

¹⁹ *Pérgamo*, ciudad del Asia Menor, cercana a Troya.

²⁰ *Grineo*, uno de los muchos epítetos del dios Apolo; procede de un bosque donde había un templo dedicado a él.

²¹ *Líbica*, de Libia (ver nota 4).

²² *Teucros*, troyanos. Eneas había huido de Troya cuando fue destruida.

²³ *Ausonia*, italiana. «Ausonia» es uno de los nombres antiguos de Italia.

²⁴ Eneas era un *héroe*, es decir, era hijo de una diosa (Afrodita o Venus) y un hombre mortal (Anquises). En la *Eneida* se incluye una visita a su padre en el mundo de los muertos.

²⁵ *Hesperia*, aquí, 'Italia', que para un troyano también es tierra de Occidente.

²⁶ *Hado*, el destino.

²⁷ *Jove*, Júpiter. En latín el nominativo del nombre del dios era IUPPITER y el genitivo IOVIS.

²⁸ *Auras*, ver nota 3.

²⁹ *Farro*, variedad de cereal parecido al trigo.

Dido se suicida (versos 648-705)

En ese momento, cuando las ropas de Ilión y el lecho conocido contempló, en breve pausa de lágrimas y recuerdos, se recostó en el diván y profirió sus últimas palabras: «Dulces prendas³⁰, mientras los hados y el dios lo permitían, acoged a esta alma y libradme de estas angustias. He vivido, y he cumplido el curso que Fortuna me había marcado, y es hora de que marche bajo tierra mi gran imagen. He fundado una ciudad ilustre, he visto mis propias murallas, castigo impuse a un hermano enemigo tras vengar a mi esposo: feliz, ¡ah!, demasiado feliz habría sido si sólo nuestra costa nunca hubiesen tocado los barcos dardanios³¹.» Dijo, y, la boca pegada al lecho: «Moriremos sin venganza, mas muramos», añade. «Así, así me place bajar a las sombras. Que devore este fuego con sus ojos desde alta mar el troyano cruel y se lleve consigo la maldición de mi muerte». Dijo, y entre tales palabras la ven las siervas vencida por la espada, y el hierro espumante de sangre y las manos salpicadas. Se llenan de gritos los altos atrios: enloquece la Fama³² por una ciudad sacudida. De lamentos resuenan los techos y de los gemidos y el ulular³³ de las mujeres, el eco de gritos horribles, no de otro modo que si Cartago entera o la antigua Tiro cayeran ante el acoso del enemigo y llamas enloquecidas se agitasen por igual en los tejados de los dioses y de los hombres. Lo oyó su hermana³⁴ sin aliento y en temblorosa carrera asustada, hiriéndose la cara con las uñas y el pecho con los puños, se abalanza y llama por su nombre a la agonizante: «¿Así que esto era, hermana mía? ¿Con trampas me requerías? ¿Esto me reservaban esa pira, estos fuegos y altares? ¿Qué lamentaré primero en mi abandono? ¿Desprecias en tu muerte la compañía de tu hermana? Me hubieras convocado a un destino igual, que el mismo dolor y la misma hora nos habrían llevado a ambas. ¿He levantado esto con mis manos y con mi voz he invocado a los dioses patrios para faltarte, cruel, en tu muerte? Has acabado contigo y conmigo, hermana, con el pueblo y los padres sidonios³⁵ y con tu propia ciudad. Dejadme, lavaré sus heridas con agua y si anda errante aún su último aliento con mi boca lo he de recoger.» Dicho esto había subido los altos escalones, y daba calor a su hermana medio muerta con el abrazo de su pecho entre lamento y con su vestido secaba la negra sangre. Cayó aquélla tratando de alzar sus pesados ojos de nuevo; gimió la herida en lo más hondo de su pecho. Tres veces apoyada en el codo intentó levantarse, tres veces desfalleció en el lecho y buscó con la mirada perdida la luz en lo alto del cielo y gimió profundamente al encontrarla. Entonces Juno³⁶ todopoderosa, apiadada de un dolor tan largo



³⁰ Con «*dulces prendas*» se refiere a los objetos que tiene delante y que han sido utilizados o al menos contemplados por su amante. En el Renacimiento, Garcilaso de la Vega empezaría con esas mismas palabras («*¡Oh dulces prendas por mi mal halladas...!*») el soneto X, en el que se dirige a objetos de uso cotidiano que fueron empleados por su amada antes de morir.

³¹ *Dardanios*, naturales de Dardania, región en la que se hallaba la antigua Troya.

³² «*Enloquece la Fama*», es decir, se difunde rápidamente la noticia de la muerte de Dido.

³³ *Ulular*, dar aullidos o alaridos.

³⁴ La hermana menor de Dido se llamaba Ana.

³⁵ Cartago era una ciudad fundada por los fenicios (pueblo del Mediterráneo oriental, donde está el actual Líbano). Las dos principales ciudades de Fenicia eran Tiro y Sidón, y los cartagineses se consideraban herederos de una y otra indistintamente. «*Sidonio*» significa, pues, ‘procedente de Sidón?’, o sea, ‘fenicio’ o ‘cartaginés’.

y de una muerte difícil a Iris³⁷ envió desde el Olimpo
a quebrar un alma luchadora y sus atados miembros.
Que, como no reclamada por su sino ni por la muerte se marchaba
la desgraciada antes de hora y presa de repentina locura,
aún no le había cortado Proserpina³⁸ el rubio cabello
de su cabeza, ni la había encomendado al Orco Estigio³⁹.
Iris por eso con sus alas de azafrán cubiertas de rocío
vuela por los cielos arrastrando contra el sol mil colores
diversos y se detuvo sobre su cabeza. «Esta ofrenda a Dite⁴⁰
recojo como se me ordena y te libero de este cuerpo.»
Esto dice y corta un mechón con la diestra: al tiempo todo
calor desaparece, y en los vientos se perdió su vida.

³⁶ *Juno*, nombre romano de la diosa griega Hera, esposa de Zeus (Júpiter) y protectora del matrimonio. En estos versos quiere decir que, apiadada del sufrimiento y la agonía de Dido, ordenó que muriera de una vez.

³⁷ *Iris*, mensajera de la diosa Juno y personificación del arco iris (ver unos versos más adelante); en esta ocasión fue ella quien cortó el cabello que une a las personas con la vida, anticipándose a Proserpina, encargada habitualmente de esta tarea.

³⁸ *Proserpina* (en griego Perséfone), reina del Hades, es decir, del mundo de los muertos.

³⁹ *Orco Estigio*, es decir, Plutón, dios de los muertos y esposo de Proserpina. Un «*orco*» era un monstruo (como tal se representaba a Plutón) y «*estigio*» alude a la laguna Estigia, que debían cruzar las almas de los muertos antes de llegar al Hades.

⁴⁰ *Dite*, uno de los nombres de Plutón, dios de los muertos como acabamos de ver.